



## 17

**Las Bodas de Caná**

Venimos haciendo un camino de iluminación de la vida cristiana, a partir de la historia de la salvación, sobre todo, desde la perspectiva de la bendición de Dios. Nuestra vida cristiana esta llamada a vivir la bendición de Dios en Cristo Jesús.

Estábamos deteniéndonos en los misterios de la vida de Jesús, primero los misterios de la infancia y la vida oculta. Y en las últimas meditaciones hablábamos del Bautismo, con el cual el Señor inaugura la vida pública, y de la estancia de Jesús en el desierto. Veíamos que era clave para entender el misterio de la bendición: la oración y la victoria sobre Satanás, sobre el enemigo, sobre el demonio.

La clave de la bendición de Dios es que Jesús cumple en todo la voluntad del Padre, lleva adelante la misión que le ha encomendado. Para esto es fundamental entender que el Señor vive siempre en unión con el Padre, y eso se expresa en su vida de oración. Por otra parte, la bendición de Dios tiene que superar y vencer la maldición. Una maldición que entró en el mundo a través de la tentación del enemigo. El Señor en el desierto vence a Satanás y con ello ilumina nuestra propia vida, que siendo combate contra el demonio, también es participación, con ayuda de la gracia, de la victoria del Señor.

Seguimos adelante y ahora vamos a dedicar esta meditación a **las Bodas de Caná**. Aquí se ilumina el misterio de la bendición del Señor para nosotros. El Señor nos va a remitir a su Pascua, donde se realizará esa bendición para todos, y nos revela el misterio de María en nuestra vida.

Vamos a dividir la meditación en dos partes. Primero comentaremos brevemente el misterio de las bodas de Caná para dar paso en la última parte a comentar unas claves sobre la Virgen María en nuestra vida.

**I.- LAS BODAS DE CANÁ**

Empezamos por este pasaje muy conocido, pero nos conviene refrescar el texto para ir comentando las luces que brotan del misterio:

**Texto (Jn 2, 1-11)**

*«Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos.*

*Faltó el vino y le dice a Jesús su madre: «No tienen vino.»*

*Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.»*

*Dice su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga.» Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una.*

*Les dice Jesús: «Llenad las tinajas de agua.» Y las llenaron hasta arriba. «Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala.» Ellos lo llevaron.*

*Cuando el mayordomo probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el mayordomo al esposo y*



*le dice: «Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.»*

*Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus signos y manifestó su gloria, y creyeron sus discípulos en él ».*

Vamos a acercarnos a este precioso misterio de Caná. No nos vamos a detener tanto en el tema del matrimonio, tan fundamental para los que vivís el sacramento del matrimonio, sino que vamos a leer este misterio desde la clave que el mismo san Juan nos pone, porque nos remite al misterio de la salvación y nos está dando una cita al pie de la cruz en la Pascua de Cristo. Por lo tanto nos vamos a acercar desde la perspectiva que seguimos en estas meditaciones, que es no tanto detenernos en vocaciones cristianas particulares, sino iluminar la vida cristiana en general.



Allí estaba María, Jesús y sus discípulos, estaban los esposos y todos los invitados a aquella boda. La presencia de Jesús en unas bodas nos habla del evangelio del matrimonio, de la bondad, de la belleza, de la verdad que tiene el matrimonio a los ojos de Dios y la familia que brota del matrimonio. Un hombre y una mujer se casan en el Señor para siempre. Esta es una verdad que tenemos que seguir creyendo y proclamando, y más que nunca en nuestros tiempos: uno con una para siempre en Dios, unidos por la gracia del Señor en el Sacramento del matrimonio.

Pero esta presencia de Jesús también nos invita a algo importante, allí estaba también María, a la que se la llama “**la madre de Jesús**”. En aquella situación, María revela la profundidad de su mirada, lo atento de su corazón, su corazón de madre «**¡No tienen vino!**!». Esta es la palabra que María dirige a Jesús. «**Jesús ¡no tienen vino!**!». En estas palabras, evidentemente, María alude a una situación real que sucede y es que estaba faltando el vino, pero siguiendo al evangelista, nosotros tenemos que ir más allá y **descubrir cómo esto es un signo de las realidades de la salvación**.

El vino significaba, en los antiguos pueblos, un signo de la alegría, de bendición, en el fondo viene a ser un signo de la felicidad que el hombre desea tener. Tener una fiesta y beber vino es como un signo de esa alegría, de ese gozo, de esa felicidad que se comparte. Decir: «**no tienen vino**» **ES UN SIGNO**. ¿Por qué? Porque no solo los esposos sino todos los hombres carecemos de algo, esas palabras: «**no tienen vino**» nos están descubriendo nuestra realidad humana.

Por un lado, a los hombres “**nos falta algo**”, y por otro lado “**nos pasa algo**”. Me explico. Por muy grande y bello que sea el amor humano, por muy grande que sea la creación, por la bondad, belleza y verdad que tenga la creación, eso no basta, las realidades humanas naturales no bastan, el hombre necesita a Dios, tiene sed de Dios, necesitamos las realidades divinas, necesitamos el don de Dios, la vida de Dios, el don de los dones que el Señor nos da. El Espíritu Santo colma en nuestro corazón el anhelo de participar de la vida de Dios.

A las palabras de María enseguida tenemos que ir más allá y descubrir, que en esa carencia de vino, está representada la falta de felicidad del hombre. Y al hombre le falta felicidad porque por sí mismo **no le basta lo humano, necesita lo divino**. Bien entendido, como nos lo demuestra el episodio de las bodas de cana, lo divino no hace desaparecer lo humano, no tiene que anular lo humano, al revés, lo humano no basta, lo natural no basta, reclama algo más, lo humano tiene que ser elevado por aquello que no puede conseguir por sí mismo, por lo que solo Dios puede dar.

Pero hay más, no solo es que **nos falte algo**, es que también **nos pasa algo**, porque estamos heridos, llevamos en nuestro corazón la herida del pecado. A los hombres no es solo que nos falte Dios, que tengamos sed de Dios, sino que llevamos en nuestro corazón la herida del pecado, y solo Cristo puede curar esta herida, solo el redentor del hombre puede redimir, expiar el pecado, curar las heridas del pecado y sus consecuencias.

Por eso María, atenta a nuestra verdad, nos descubre, mirando a Jesús, nuestra propia verdad: **«Jesús, ¡mírales! No son felices»**. Hoy lo dice también María: **«Jesús, mira, no son felices, sólo tú puedes dar lo que les falta de verdad»**. Porque solo tú Señor puedes dar la vida de Dios, solo tú puedes perdonar y curar el pecado.

Jesús ante las palabras de María, responde. Y –atención– a estas palabras que tantas veces nos han creado dificultad, pero que son verdaderamente luminosas y son clave. «Jesús dice: **¿qué tengo yo contigo, mujer, todavía no ha llegado mi hora**». La primera frase tiene una difícil traducción, puede decirse literalmente **«qué hay entre tú y yo, mujer**». Nos sorprende que Jesús no se dirija a su Madre, llamándola María, o Madre, sino que le da este título: **«Mujer, todavía no ha llegado mi hora**». Importante esto.

Jesús claramente nos hace comprender dos cosas. María al intervenir está delatando la profundidad de la realidad del hombre, y a través de esas palabras, está como introduciendo la gran misión de Jesús, que es la redención, redimir al hombre del pecado y hacerle partícipe de la vida de Dios. Pero esto, el Señor solo lo podrá llevar a cabo plenamente a partir de lo que Él llama: **“mi hora”**, es decir, **la hora de la Pascua, la hora de pasar de este mundo al Padre a través de la Pasión**.

Y, por otro lado, Jesús hace comprender que para esto, para intervenir en la obra de la salvación no puede atender a María porque es su madre humana por los vínculos naturales, sino que, si tiene que intervenir será siempre atendiendo a la voluntad del Padre. Y aquí viene lo fundamental: hay un vínculo especial, único, entre Jesús y María **«¿qué tengo yo contigo, mujer?»**. Aquí está la clave: **María está llamada a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán que es Jesús**. Tiene un papel único, peculiar y decisivo en la historia de la salvación. Ella no está llamada sólo a ser la madre de Jesús, sino que está llamada a ser la compañera, aquella que en todo momento está unida a Jesús, y en dependencia de Él colabora con la redención.

De aquí que Jesús, escuchando las palabras de María, va a intervenir. María después de hablar con el Señor, sabe que Jesús no ha dicho que no, y por eso se dirige a los sirvientes: **«haced lo que Él os diga»**. Estas palabras se quedan grabadas en todos nosotros. Ante Jesús, María presenta las necesidades de los hombres. Ante nosotros los hombres María nos habla al corazón y nos enseña: **«Haced lo que Jesús os diga» «¡Haz lo que Jesús te diga!»**.

Sí, aquí tenemos a María, que es nuestra madre y nos enseña a vivir lo que Jesús nos dice. María traslada a nosotros su propia vida, es la maestra de la vida cristiana: **«he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»**, palabras de la Anunciación. Y a nosotros nos dice: **«¡Haced lo que él os diga!»**. Sí, María estaba en Caná de Galilea como está junto a nosotros en el camino de la vida.

A las palabras de María, los sirvientes se ponen al servicio de Jesús. Y Jesús da una triple orden: **«llenad las tinajas de agua, sacadlo ahora, llevadlo al mayordomo»**.



Todo un acto de fe, porque aquellos sirvientes no conocían al Señor; llenar unas tinajas de agua, servirlo y llevárselo al mayordomo, podía ser caer en el mayor de los ridículos. Qué fuerza tendría la mirada de María, qué fuerza tendría su palabra para que aquellos se pusieran enseguida a disposición de Jesús.

Le pedimos a María que haga lo mismo en nuestra vida, que nos hable al corazón para que podamos ponernos así en un servicio pronto y decidido en manos del Señor.



## Las bodas de Caná



La obediencia de la fe tiene su fruto, porque aquella agua fue transformada en vino y en un vino maravilloso. De hecho, allí el mayordomo dice al novio de la boda: **«tú has guardado el vino bueno para el final»**. El vino mejor ha sido guardado para el final. Ese vino bueno que representa los dones que nos trae Jesucristo y representa en el fondo la alegría, la felicidad que quiere alcanzar el hombre, ese vino bueno nos lo da el Señor. **Esa felicidad viene por el don de Cristo.**

Ese vino bueno lo da el Señor al final, pues mientras que las alegrías humanas van de más a menos, el Señor siempre va de menos a más. En Dios siempre es así; **lo que conocemos de Dios**, podríamos decir, **es nada comparado con lo que nos espera, porque siempre el Señor va de menos a más hasta que gocemos de lo mayor, que es Él mismo en plenitud.**

Y esto tiene una consecuencia: Jesús manifestó su gloria y los discípulos creyeron en Él. Dio comienzo a sus signos y a sus milagros. Y esto fue gracias a la intervención de María, gracias a la obediencia y a la fe de los discípulos a partir de la fe intrépida de nuestra Madre María. Este misterio de Caná nos revela la bendición del Señor, porque Cristo ha venido a traernos los dones de Dios.

El Señor había dicho una palabra que nos había dejado así un poco en interrogante: **«todavía no ha llegado mi hora»**. Y resulta que el Señor hace el milagro y transforma el agua en vino, un vino maravilloso, signo de los dones que Él nos trae, la revelación, la redención, la salvación, el perdón de los pecados y, sobre todo, el don del Espíritu Santo, la vida divina para que los hombres participemos de la vida de Dios, todos los dones que Cristo trae.

Entonces, ¿ha llegado su “hora” o no ha llegado su “hora”? Si no ha llegado, entonces ¿por qué hace el milagro? Mirad, ciertamente no ha llegado su hora, el Señor nos remite –como vamos a ver– a **la hora de la cruz**, donde volveremos a encontrar a María con Jesús, donde de su costado saldrá sangre y agua. En Caná: *agua convertida en vino*. Allí en la cruz: *agua y sangre*. Sabemos cómo en la Eucaristía el vino es el signo de la sangre del Señor, el gran Sacramento del amor del Señor, la Eucaristía. Y allí también estaban Jesús y María, agua y sangre, como en las bodas de Caná. Jesús y María, agua y vino, es la hora de la redención.

Pero Jesús, que nos redime en la Pascua y por lo tanto no en **las bodas de Caná**, atiende la voz de María. ¿Para qué? Para darnos **un signo de la redención**. En Caná, en aquel milagro, **el Señor se nos revela como el Esposo**, el Esposo con mayúscula, el Dios enamorado que ha venido a traer la redención al mundo. Un Dios que no nos va a salvar de cualquier manera, nos salva para desposar a la humanidad, para que nosotros seamos una sola cosa con Él, para hacer alianza nueva y eterna, como se proclama todos los días en la celebración de la Santa Misa, que nos sumerge en la intimidad de Dios. Este es Jesucristo, este es el Señor.

No ha llegado la hora pero qué luminosidad en Caná, aquel cambiar el agua en vino nos remite a la hora de la salvación, donde del costado abierto de Cristo manará el verdadero vino que da la salvación al mundo: la sangre del redentor que nos inunda, una sangre que podemos beber cada día en la Eucaristía. Y allí estaba María, no estaba solo Jesús, estaba también María. Aquellos esposos de Caná habían invitado a Jesús y a María, **nosotros también tenemos que aprender a invitar a Jesús y a María a nuestra vida**.

Veamos, resumiendo todo esto, lo que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 2618:

Texto (CIC 2618)

«El Evangelio nos revela cómo **María** ora e intercede en la fe: en Caná (Jn 2, 1-12) la madre de Jesús ruega a su hijo por las necesidades de un banquete de bodas, signo de otro banquete, el de las bodas del Cordero que da su Cuerpo y su Sangre a petición de la Iglesia, su Esposa. Y en la hora de la nueva Alianza, al pie de la Cruz, María es escuchada como la **Mujer**, la **nueva Eva**, la verdadera "**Madre de los que viven**".».



Vamos a profundizar en este misterio. Ya hemos descubierto que la bendición nos viene de Cristo a través de María. Es Jesús quien nos bendice, pero en esa bendición hay una presencia y una actuación decisiva de María. Y así es nuestra vida. **El Señor sigue bendiciéndonos con y a través de María**.

Respuesta inmediata: tú, yo, todos, tenemos que invitar a Jesús y a María en nuestra vida. **Toda nuestra vida cristiana**, como nos refleja las bodas de Caná; **es una vida vivida en presencia de Jesús y María**. Así es la vida del cristiano. Sí, María está allí en las bodas de Caná junto con Jesús, los invitaron aquellos esposos. Nosotros descubrimos hoy la misma llamada, el Señor y la Virgen están deseando que les invitemos a nuestra vida.

## II.- MARÍA EN LA VIDA CRISTIANA

Vamos a dedicar la segunda parte a hablar de nuestra Madre, la Virgen María, en nuestra vida. El deseo del Señor es que la acojamos, con su misterio, en nuestra vida cristiana.

Y siguiendo la narración, vamos a hablar, no de las seis tinajas, sino de **siete palabras clave** para entender el misterio de María en nuestra vida. Los comentaristas del evangelio dicen que ese número –el seis–, es signo de falta de plenitud. Y para los judíos, **el número siete es el número de la plenitud**. Esas seis tinajas nos hablan de la incapacidad de las purificaciones judías para quitar el pecado, para poder purificar al hombre, sólo el Señor con el agua y la sangre que manan de su costado abierto en la cruz nos trae la verdadera purificación.

Desde aquí, vamos a descubrir cómo nuestra vida cristiana en plenitud es una vida con María. Lo vamos a hacer de una manera sencilla, **recordando siete palabras que empiezan por M**. Las voy a comentar, porque estas siete palabras son claves para que podamos vivir nuestra relación con María:

*María, Mujer, Madre, Modelo, Maestra, Medianera, Mía.*

– **María**, es una mujer muy concreta, aquella mujer que conocemos bien, que ha sido elegida desde toda la eternidad, y a la que Dios le ha dado un nombre, **María, amada de Dios**. Fue concebida sin pecado original y llena de gracia. Es aquella mujer que en un diálogo con el Señor, en una vida totalmente pura y fiel a Dios fue descubriendo su vocación, se consagró por entero a Dios en virginidad. Un buen día tuvo el anuncio del designio de Dios: estaba llamada a ser la madre del Mesías, la madre del Salvador, la madre de Dios hecho hombre, de Jesucristo. *María la única, la que tiene un papel único en el plan de Dios.*

María nos descubre cómo también cada uno de nosotros, como ella, tenemos un nombre ante Dios. Somos amados por nuestro propio nombre. El Señor también pronuncia tu nombre. Cuando vayas a la oración en un momento de recogimiento, párate y escucha interiormente cómo el Señor te mira, y te mira de manera personal y única, porque tú eres bello, bella a sus ojos; el Señor vivie pronunciando tu nombre.

– María también es **Mujer** que ha vivido nuestra vida, que ha culminado la peregrinación de la fe y ahora está en la gloria celestial junto a Jesús. A María, en el evangelio de Juan, Jesús la llama mujer: «¿**qué tengo yo contigo, mujer?**», «¿**qué hay entre tú y yo, mujer?**». Con estas palabras el Señor nos está haciendo comprender el papel de María en la historia de la salvación. Ella está llamada a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán.

La humanidad comenzó con la creación en gracia de Adán y Eva, un hombre y una mujer, y después a partir de ellos vino el pecado. De la misma manera, **la redención es una nueva creación en la que aparecen también varón y mujer juntos**. En la nueva humanidad redimida por Cristo, Dios ha querido lo mismo, **que haya unidad de los dos, varón y mujer: Cristo y María**. Y por eso, aquella que le ha dado la humanidad a Dios está llamada también a ser la compañera, la colaboradora de Cristo en el misterio de la redención.

Veamos lo que nos dice, de una manera profunda, el número 494 del Catecismo de la Iglesia Católica:

**Texto (CIC 494)**

---

*«Al anuncio de que ella dará a luz al "Hijo del Altísimo" sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo (Lc 1, 28-37), María respondió por "la obediencia de la fe" (Rm1, 5). Así dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención».*

¿Veis? María con Jesús. María, no solo tenía que recibir a Jesús, sino que estaba llamada a participar con Él del misterio de la redención, en su realización. **María, Mujer, nueva Eva**. Y lo ha sido no solo en su fase terrena sino que ahora en la gloria celestial está sentada junto a Jesús, es la nueva Eva junto al nuevo Adán, es la madre de los que viven.

Nos dice el Génesis que Adán puso el nombre a Eva porque iba a ser la madre de los que viven (Gn 3, 20). Este misterio es el que ahora se realiza en nuestra vida. **María**, ya desde la cruz pero plenamente desde el Cielo, es la madre de los que viven; **en el plan de Dios es la mujer junto al hombre salvador y redentor, Jesucristo**.



– María, mujer, es **M**adre. Este título lo conocemos bien; quizás para todos nosotros es aquello que más llevamos en el corazón. Ciertamente, María es nuestra Madre en el orden de la gracia. Y lo es no solo por su vida terrena, sino por su vida actual. María es, ahora, nuestra Madre. Ella participa en el nacimiento y en el crecimiento de la vida de la gracia de todo miembro del cuerpo de Cristo. Sí, hay una participación verdadera y singular de María en nuestra vida cristiana.

Ante Jesús, María presenta nuestras necesidades y el Señor nos quiere dar todo a través de ella. No hay una sola gracia que el Señor nos quiera dar sin la participación de María. Por otro lado, también ante nosotros María es la que nos enseña a recibir la gracia de Cristo.

– María, mujer, madre, es el **M**odelo. Qué impresionante es esto y qué importante. Tenemos que pedir al Señor una luz muy grande para comprender esto. María no solo es la madre que nos ayuda, que nos consuela, la madre que siempre compasiva está atenta a nuestras necesidades, que lo es. No es sólo aquella que presenta al Señor nuestras situaciones y a través de ella recibimos la gracia; **la vida cristiana es también llegar a vivir la vida que vivió María.**

Como nos recuerda toda la tradición de la Iglesia, ella es miembro eminente, figura y modelo de la Iglesia; por lo tanto, ella es la realización plena de lo que es la vida cristiana. Y por eso, ojalá que descubramos cómo **estamos llamados a vivir la vida espiritual de María.**

Hay una frase muy conocida y difundida: *«El Corazón inmaculado de María triunfará»*. Nos habla de la protección de María sobre la Iglesia; de que, al final, todos aquellos que combaten a la Iglesia y que intenta erradicar a Cristo de la tierra no van a vencer, sino que siempre el Señor vencerá; y de que esa victoria nos va a venir de la mano de María. Esto es cierto. Pero que el Corazón inmaculado de María triunfará es también el anuncio de que la vida interior de María se extenderá a todos los cristianos, de que será vivida por toda la Iglesia. Este sí será el verdadero triunfo de María, de su Corazón inmaculado, cuando todos los hombres descubramos que el gran modelo de vida cristiana es la Virgen, que la mejor discípula de Cristo es María, que nadie ha vivido la vida en Cristo como ella. Y esto no es más que la consecuencia de la verdad de su maternidad. Una madre ¿qué es lo que hace? Una madre da su vida a los hijos. Como María es nuestra Madre en el orden de la gracia, ella nos transmite su vivencia de la vida divina. Por eso, **nuestra vida con la Virgen no es solo relacionarnos con ella como madre; es además acoger y vivir su misma vida. ¡Participar de la vida espiritual de la Virgen María: hasta ahí nos quiere llevar Dios! El Señor sueña una Iglesia que sea como María, que los cristianos vivan con un corazón como el de María, con un corazón lleno de Dios, que viva para Dios, que irradie a Dios y que ame con el Corazón de María.**

– María, mujer, madre, modelo, es **M**aestra, es la verdadera maestra de vida cristiana, lo hemos visto en las bodas de Caná. ¿Por qué? Porque enseña a vivir a Dios los que le viven, no hay mejores maestros de vida cristiana que los Santos y no hay mayor Santa en vida cristiana que María. Pidamos al Señor esto: que María sea nuestra maestra. De la misma manera que ante Jesús intercede, y a través de ella el Señor nos quiere dar la gracia.

María está presente en nuestra vida y ante nosotros hace una doble función: por un lado nos hace comprender lo que necesitamos y nos enseña a pedirlo al Señor; por otro, nos enseña a acoger lo que Dios nos da, a hacerle caso, a obedecer, a abrazar todo lo que recibimos del Señor.

Y ¿cómo María es maestra en nuestra vida? A través del trato, de la amistad, de la relación con ella, María nos enseña a entrar en una verdadera relación de amor y amistad con ella. Es maravilloso descubrir la presencia de María; ella está siempre muy cerca, queriendo hablar al corazón; te hace entender las cosas como quien no hace nada, porque a ella le encanta esconderse detrás de Jesús. Nadie como ella conoce a Dios, y al Señor le encanta enseñarnos a través de María. ¡Prueba! ¡Invoca a María! Pídele que te ayude y díle que te enseñe a vivir al Señor.

– María, mujer, madre, modelo, maestra es **M**edianera de todas las gracias, es la Reina que está junto al Señor glorioso en el Cielo, Reina de toda la creación. Y ahora ella ejerce esa mediación materna, ella que lo presenta todo a Jesús, Jesús nos lo quiere conceder todo a través de ella.

**En María se refleja el misterio de la Iglesia** porque solo Jesús salva, solo el Señor salva, pero salva *con y a través de* la Iglesia. Y esto se vive ante todo en el Cielo, donde está María junto a Jesús; allí desde la cumbre, desde la fuente de todo, descubrimos el misterio de nuestra propia humanidad. La Iglesia en la tierra está llamada a ser colaboradora de la redención; nosotros como María estamos llamados a recibir del Señor y a transmitir lo que recibimos.

– Finalmente, en este septenario de palabras en referencia a la Virgen, la última palabra es **Mía**. Al pie de la cruz, representándonos a todos nosotros, estaba el discípulo amado Juan que escuchaba: «**Ahí tienes a tu madre**». Todo lo que hemos dicho no se hace realidad si uno no dice un “sí” desde el corazón. Y decir **mía** significa decir: «**María, pasa a ser parte de mi vida, tienes que formar parte de mi vida. María tú tienes que ser parte de mí, que mi vida no se entienda sin ti. Yo quiero, de verdad, tenerte por madre**». Cómo cambia nuestra vida cuando damos este paso, cuando de verdad acogemos las palabras de Jesús y recibimos de corazón como madre a María.

Esto es responder al deseo infinito del Señor de que tengamos por madre a María, de que la tratemos y la amemos con su mismo amor de Hijo. Y esto es también responder a lo que ya ha sucedido, porque **María** no vive sin mí. Ella es **mi madre**. En ella repercute la vida entera de su hijo, de cada uno de sus hijos e hijas.

*¡Díselo! ¡María, madre mía! ¡María, tú eres mi madre!*



*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 27 de enero de 2008*



## SUGERENCIAS PARA ORAR

*Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:*

### *Paso a paso ...*



#### *Invocación al Espíritu*

Píde que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



#### *Lectura del texto*

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



#### *Meditación*

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



#### *Oración*

Respondo al Señor, de corazón a corazón



#### *Compromiso*

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Dejo que el Señor transforme el “agua” de mi vida en el “vino nuevo” del Reino de Dios?
- ✓ ¿Qué ideas fundamentales te transmite el texto? ¿Tienes, como María, la confianza absoluta de que el Señor puede hacer **signos** y milagros en tu vida diaria?
- ✓ ¿Qué implica para mí hoy que María me diga: “Haz todo lo que Jesús te diga”? ¿En qué necesito obedecer a Jesús?
- ✓ ¿Qué hago para que el Evangelio sea mi proyecto de vida? ¿Estoy atento/atenta a los **signos**, señales y manifestaciones de Dios en mi vida?
- ✓ Una boda es símbolo de unión, de alianza. El milagro de Jesús en las bodas de Caná es signo de la **Nueva Alianza** de Dios con su pueblo. La expresión de María "**haced lo que él os diga**", evoca la respuesta que pronunció el pueblo el día de la **Antigua Alianza** del Sinaí. Compara con Éxodo 19,8.
- ✓ El milagro hizo crecer la fe de los discípulos presentes en la boda ¿Aumenta mi fe cuando percibo la acción de Dios?
- ✓ Para terminar, pedimos a María, la madre de Jesús y madre nuestra, que su Hijo siga siendo la alegría de nuestras vidas.